

# Comentarios

## ¿De la locura a la esperanza?

### Reflexiones a propósito del informe de la verdad

La primera dificultad con que uno se encuentra al momento de querer hacer un breve comentario sobre el informe de la Comisión de la verdad, está en lo voluminoso del documento: son 236 páginas y varios cientos más en los dos tomos de anexos.

Lo primero que llama la atención del informe es su título: *De la locura a la esperanza*. Si nos detenemos un poco en él, veremos que se presta para la reflexión y para ayudarnos a extraer unas primeras conclusiones. Lo haremos con un tratamiento crítico, apartándonos decididamente de otros enfoques que pretenden hacer la apología o la condena del informe.

Veamos en primer lugar, qué quiso decirnos la Comisión de la verdad con la primera parte de la expresión que colocó como título de su Informe. "*De la locura*" significa interpretar la guerra como el reino de la *irracionalidad*, de lo *inconcebible*, de lo *inhumano*. Por contraste, estaríamos ahora en el tránsito hacia lo *racional*, caminando al reino de lo *razonado*, de lo *razonable*.

La idea es clara y parece totalmente aceptable. La someteremos, sin embargo, a examen crítico, como un recurso metodológico para sacar a luz ciertos aspectos que aparecen recubiertos por el manto ideológico, es decir, de lo que siendo pura apariencia no lo analizamos porque nos parece "evidente por sí mismo".

Lo evidente-ideológico pierde inmediatamente su engañosa simplicidad al hacer el ejercicio de

interpretar las palabras en su sentido estricto: ¿será cierto que todas las atrocidades cometidas durante la guerra fueron obra de unos locos, de seres privados de su razón, de gente enajenada e irresponsable de sus actos?

Enfocado el problema desde este ángulo comprobamos que no es tan sencillo como parecía. La cuestión no puede reducirse a pensar que algunos sádicos, gozando en su papel de verdugos y torturadores, se hayan impuesto sobre la sociedad y el Estado salvadoreños por más de una década. Por tanto, debe plantearse la pregunta de *quiénes, cómo y por qué decidieron y planificaron* las prácticas sistemáticas de terrorismo de Estado.

Debemos interrumpir aquí el hilo de nuestro razonamiento para hacer una aclaración necesaria, antes de que más de un lector nos acuse de parcialidad o de falta de objetividad. Si nos referimos primordialmente al terrorismo de Estado, no es porque neguemos que haya habido ciertas modalidades de terrorismo también por la otra parte, que las hubo, sino por la abrumadora diferencia cuantitativa y cualitativa entre ambas.

La Comisión informa haber trabajado sobre 22,000 denuncias de violaciones a los derechos humanos por parte del ejército, de los cuerpos de seguridad y de los grupos paramilitares, frente a unas 800 denuncias de hechos atribuidos al FMLN. Es decir, si de comparar se trata, las cifras en cuanto denuncias señalan un 96.5 frente a un 3.5 por

ciento<sup>1</sup>.

Desde el punto de vista cualitativo, tampoco hay equivalencia entre las acciones insurgentes que conllevaban ciertas dosis de terrorismo<sup>2</sup>, con las acciones estatales contra la población civil, generalmente de carácter indiscriminado, que no hacía distinciones de edad, de sexo, nacionalidad ni ocupación<sup>3</sup>.

Por otra parte, es importante tomar en cuenta que en el mismo mandato de la Comisión de la Verdad se especificaba que ésta debía investigar las violaciones masivas de los derechos humanos cometidas *a lo largo del conflicto, a partir del 1 de enero de 1980*<sup>4</sup>.

Si recordamos que el FMLN no fue fundado sino hasta octubre de 1980 y que su primera ofensiva militar se dio en enero de 1981, resulta evidente que el haber incluido todo el año anterior en el mandato de la Comisión de la Verdad implicaba considerar *quiénes y cómo empezaron la guerra*. Con ello quedaba asentada desde el inicio —por las propias partes negociadoras— una asimetría fundamental entre ambas. Esta encontraría asimismo su reflejo, lógicamente, en el capítulo de conclusiones y recomendaciones del informe de la Verdad, al que injustamente se ha criticado, de parte oficial, de no ser “equilibrado”.

Regresando a nuestra tesis: la política oficial de contrainsurgencia, lejos de ser obra de gente privada del uso de sus facultades mentales, fue elaborada, planificada y decidida por expertos nacionales y extranjeros muy cuerdos y muy “racionales”. En realidad, en el diseño de dichas prácticas atroces ha habido mucho raciocinio, reflexión y experiencia acumulada.

Recordemos que en la ideología de la clase dominante un eje central es *su modo de dominación* y la manera como dicho modo es introyectado en *su conciencia de clase*, bajo la forma de determinados conceptos, convicciones y creencias. En el caso de El Salvador, varias décadas de dictadura y la memoria histórica del aplastamiento (exitoso) de la tentativa insurreccional de 1932, han estado a la base de una cultura de dominación basada en la violencia más brutal, en la convicción sobre su eficacia y en la consiguiente pseudo-justificación

ideológica<sup>5</sup>.

Es también significativo que en plena crisis revolucionaria el principal organizador de la reacción salvadoreña haya sido Roberto D'Aubuisson. Podría decirse que *cada clase social tiene los líderes que se merece*. En el caso de la oligarquía salvadoreña, ésta se agrupó tras la figura de un líder como el mayor, un experto en “inteligencia” y conocido torturador con un tenebroso pasado en ANSESAL, la Agencia Nacional de Seguridad que organizara el general Medrano.

Bajo su liderazgo indiscutido se agrupó el grueso de la clase dominante: la tendencia fascista y el terrorismo abierto prevalecieron así durante el primer período de la guerra. La “racionalidad” de dicha política la comprobamos en que buscaba resultados determinados y, al menos en parte, los conseguía. Los propios datos que aporta el informe de la Verdad son un testimonio de la eficacia de ese racionalizado terrorismo estatal: las cifras de desplazados internos (más de medio millón) y de refugiados en el exterior (por encima del millón) dan cuenta del relativo éxito de la política de “tierra arrasada” y de la parcial obtención del objetivo de “quitarle agua al pez”.

Cuando la estrategia de guerra total fracasó, Estados Unidos tuvo que involucrarse más a fondo en el conflicto, promoviendo un viraje estratégico, el cual no suprimió las violaciones de los derechos humanos, pero disminuyó su masividad y focalizó su objetivo. Es decir, subsistió el terrorismo de Estado, que siguió siendo un componente esencial en la nueva estrategia, como lo había sido en Vietnam. Diversos estudios han demostrado que en el diseño de la estrategia “de baja intensidad” —la cual incluye guerra psicológica y operaciones de “tierra arrasada”— sus formuladores partieron de las experiencias norteamericanas en Vietnam, estudiando detalladamente lo que ahí funcionó y lo que no funcionó<sup>6</sup>.

Debe enfatizarse, por tanto, que hubo una determinada racionalidad detrás de la locura del terrorismo generalizado. En conclusión: debemos sustraernos de la trampa que la imagen sobre “la locura de la guerra” nos tiende, dejando al descubierto el *carácter internamente racional de las*

*prácticas de terrorismo de Estado* que fueron implementadas en nuestro país. Ello indudablemente, lejos de otorgarle alguna justificación, hace que el horror de dicho terrorismo, racionalizado y sistemático, se nos revele con tonos aún más atroces e inhumanos.

Veamos ahora la segunda mitad de la expresión que venimos analizando, cuando dice "*a la esperanza*". En primer término, partiendo del contraste que parece sugerirnos el título del informe, pasaremos a examinar si es cierto que durante el conflicto reinaba *la desesperanza*, si fue *ése un tiempo sin esperanza*.

Quien haya conocido personalmente, o a través de testimonios, determinadas vivencias en los campos de refugiados, en las comunidades de base, en los campamentos guerrilleros, en los centros de atención a combatientes lisiados, o entre la población que decidió permanecer en las zonas de conflicto o, incluso, de buena parte de los salvadoreños que debieron emigrar al exterior, sabrá que, contrariamente a lo que la expresión "*de la locura a la esperanza*" induce a pensar, durante la guerra *hubo esperanza*; es más, puede afirmarse que *cada día se construía esperanza*.

Más bien, la fuerza moral de mantener en alto los ideales y de *esperar* su concreción en un futuro más o menos cercano, hizo posible que a menudo lo heroico pasara a ser lo normal, que lo excepcional llegara a constituirse en lo cotidiano. Una situación excepcional como la guerra civil desarrolló en una parte de la población *cualidades asimismo excepcionales*: un elevado nivel de solidaridad, de abnegación, de generosidad, de sacrificio, etc. El formidable espíritu de resistencia y la incalculable capacidad de inventiva que el pueblo salvadoreño desarrolló, reflejan virtudes convertidas, en el marco de la guerra, en una fuerza material. En ese tiempo *había fe* y, sobre todo, *había esperanza*.

Verifiquemos también qué tanto podemos considerar el actual tiempo de transición como un viaje "*a la esperanza*". Sin duda, la paz constituye una gran esperanza para todos los salvadoreños; sin embargo, también esa idea es susceptible de ser invertida mediante un ejercicio de crítica



dialéctica.

Efectivamente, al igual que en el fragor de la guerra y de sus espantos sobrevivió *la esperanza* —aferrada a los ideales de cambio, encarnados en un determinado proyecto reivindicador de las mayorías desposeídas— también ahora *la esperanza* depende de la buena salud que tengan *el proyecto y los ideales*. Al respecto, es motivo de gran preocupación ver cómo, al igual que en otros procesos de democratización, también en El Salvador se empieza a hablar de desencanto, desilusión, desengaño...

Esa percepción es en buena medida resultado de nuevas actitudes que en los últimos meses una parte de la "*vanguardia*", en concreto algunos dirigentes, en aras del realismo y de la moderación han venido externando. En nombre de la concertación se pretende que todo sea negociable o se abandonen principios ideológicos y posiciones éticas, bajo el estandarte del centro político y del pragmatismo.

Entonces, no es sólo que el proceso de liberación haya perdido su "*encanto*", o sea, la parte de romanticismo que todo auténtico movimiento de revolución genera. Se trata de algo más grave, como las mismas palabras expresan: además del "*de-*

sencanto” hay también “des-ilusión”, “des-engaño”, lo cual significa que hay una percepción de que anteriormente se vivió *en la ilusión, en el engaño*’.

Ese es el gran riesgo de nuestra transición: que el pragmatismo llegue a dejar el horizonte sin alternativas, al pueblo sin proyecto histórico, a las bases sin dirigentes confiables; que el pragmatismo hiciera de éste un tiempo de *des-esperanza*.

El mismo llamado de alerta cabe hacer cuando reflexionamos sobre los distintos significados posibles de considerar nuestra transición democrática —en contraposición con el período “irracional” de la guerra— bajo el imperio de *lo razonable*.

Indiscutiblemente que la construcción de la paz y la democracia pasa por dinamizar las instancias de concertación y por reforzar las instituciones, principalmente de la sociedad civil; asimismo, la idea de privilegiar los intereses nacionales sobre los intereses sectoriales, es también digna de apoyo. Todo ello es necesario, *racional y razonable*.

Lo inquietante es, sin embargo, cómo el marco de esas concepciones de consenso para operativizar una democracia real, se convierte en escenario ideal para una serie de planteamientos aparentemente originales que, en realidad, de novedosos no tienen nada: son el mismo viejo y fracasado reformismo social que desde fines del siglo pasado<sup>9</sup> teoriza sobre una hipotética evolución gradual y progresiva del sistema. La *ilusión* reformista —recurso ideológico para enfrentar la *des-ilusión* sobre el proyecto popular que no pudo imponerse— adopta el disfraz de *lo razonable*, aún a despecho de su escasa racionalidad.

Efectivamente, ¿qué de racional puede tener fantasear sobre un “polo económico popular”, hipotéticamente llamado a competir con el altamente monopolizado sector de la gran empresa, cuando ni en países más adelantados donde trabajadores y cooperativistas cuentan con un mayor desarrollo técnico y cultural eso ha sido posible?<sup>9</sup> ¿Qué de razonable hay en plantear que se debe “ocupar el espacio político del centro”, cuando, le-

jos de deslizarse hacia el centro, la derecha de siempre utiliza su discurso extremista de siempre?

Si la democracia abre espacios que por décadas habían estado cerrados al conjunto de la ciudadanía, especialmente a las mayorías populares, cabría pensar en una política más ofensiva por parte de la izquierda, para ocupar esos espacios y promover la utilización al máximo de los nuevos instrumentos legales y organizativos. Reducirse, en cambio, a los espacios ofrecidos “por arriba”, en el nivel de la llamada “clase política” y priorizando su propia integración, en detrimento del protagonismo que corresponde a los sujetos sociales, es lo más alejado de una estrategia *racional*.

Estamos convencidos, sin embargo, que más temprano que tarde el pueblo salvadoreño retomará la iniciativa y sabrá utilizar por sí mismo las nuevas posibilidades abiertas con la democratización que impulsan los acuerdos de paz. Es en este sentido que quisiéramos reivindicar e interpretar el mensaje de la Comisión de la verdad: entramos en un tiempo de esperanza, en la medida que, superada la locura de la violación generalizada de los derechos humanos, *la recuperación popular del protagonismo histórico*, de su propia actividad, de su participación, de su capacidad de organización, concertación y lucha, marcará con su signo los tiempos venideros.

En ello está la clave para fundamentar positivamente cualquier esfuerzo de consenso y concertación, que necesariamente deberá ser emprendido en aras del interés nacional, pero que no debería abandonar las raíces sociales que permitieron, justamente, arribar a este momento transformador. No perder las raíces significa no perder el radicalismo, lo cual implica una estrategia menos simple, desde luego, que la apuesta fácil de la capitulación de las ideologías y del abandono de las posiciones políticas. A la larga, la apuesta por los principios será la apuesta ganadora. Una opción que podríamos definir así: *alcanzar la moderación y la tolerancia, sin perder en radicalismo ni en identificación con el sujeto histórico*. En ello reside, en estos momentos, la auténtica esperanza.

R. R.

## Notas

1. Según los datos que figuran en los anexos del informe de la verdad, de los "graves hechos de violencia" comprobados, el FMLN es acusado en 342 casos, que constituyen alrededor del 5 por ciento del total, mientras el aparato estatal es responsable del 84 por ciento correspondiente a 6,182 casos comprobados; deben sumarse además 817 acciones de los escuadrones de la muerte, que suponen el 11 por ciento restante.
2. Casos de ejecución de orejas (espías) y de prisioneros, atentados a personalidades gubernamentales, secuestro de civiles, uso inadecuado de minas, coches-bomba, etc.
3. Recordemos que de este tipo de terrorismo fueron víctimas niños, ancianos, mujeres embarazadas, sindicalistas, campesinos, estudiantes, maestros, periodistas, médicos, sacerdotes, monjas... ¡hasta nuestro tan querido arzobispo!
4. De ahí el subtítulo del informe: "Doce años de guerra en El Salvador". Como el mandato de la Comisión de la verdad se inicia en enero de 1980, ello permitió incluir en las investigaciones una parte de las violaciones de los derechos humanos denunciadas en su oportunidad por Mons. Romero, así como su propio asesinato.
5. Frases típicas entre los sectores dominantes a inicios de la década expresan elocuentemente dicha ideología: "será preciso otro 1932", "esto se resuelve matando otros 30,000, aunque esta vez quizá serán ne-  
cesarios 200,000", "estos indios sólo así entienden", "con los comunistas no se puede de otro modo", etc.
6. Para poner sólo dos ejemplos: el plan, impulsado durante el gobierno de Duarte, "Unidos para reconstruir" fue calcado de uno que fue aplicado en el delta del Mekong; el mayor esfuerzo gubernamental para expulsar a la guerrilla del cerro de Guazapa, el operativo Fénix, copió incluso el nombre a uno similar aplicado en Vietnam.
7. La decepcionada frase, que ya hemos escuchado en El Salvador, de que "unos y otros terminaron siendo la misma cosa", sintetiza la visión de quienes se sienten defraudados por aquéllos que durante años fueron vistos como *depositarios de la esperanza colectiva*.
8. Nuestros pseudo-teóricos "innovadores" harían bien en releer a Bernstein —quien por cierto contaba con una solidez teórica que a nuestros socialreformistas nativos les falta— y la demoledora crítica que le formulara Rosa Luxemburg.
9. La experiencia del Grupo Mondragón en el país vasco es aleccionadora. Justamente por ser excepcionalmente exitosa, demuestra claramente los límites del cooperativismo en el marco del sistema y su nula posibilidad como "alternativa" al mismo. El precio del éxito es que la cooperativa copie los métodos y principios de funcionamiento del capitalismo, al que supuestamente trata de superar. Mondragón demuestra, casi un siglo después, la justeza del análisis de Rosa y la falacia utópica de Bernstein.